
NAVEGANTES Y DESCUBRIDORES ESPAÑOLES DEL MAR PACIFICO

VASCO NUÑEZ DE BALBOA

Discurso leído por el Sr. D. Telesforo Garcia, Vicepresidente Interino de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, en la velada solemne efectuada a iniciativa y bajo los auspicios de dicha Sociedad en los salones del Casino Español de México, la noche del 25 de Septiembre de 1913, para conmemorar el IV centenario del descubrimiento del citado mar.

I

Tócame en esta hermosa fiesta usar de la palabra en un momento difícil: cuando las amplias excursiones por los severos campos del saber han mantenido en tensión vuestro pensamiento y cuando los vuelos por los infinitos mundos del sentir han elevado vuestras almas a las inefables regiones de la emoción dulcísima. La luz sobrado intensa produce alguna fatiga; el continuo resbalar de la belleza sobre nuestro aparato nervioso, convida a cierta suave languidez de la cual no gustamos alejarnos. Y es que los cielos del ensueño, del arrobamiento, son demasiado hermosos, para no ver con pena que la mano imperturbable de la historia o de la crónica llega a rasgar sus velos a efecto de volvernos a una realidad de la cual, vivida ya en grado suficiente,

anhelamos salir, obedeciendo a la ley del eterno mudar. Sabedor de esto, guardo para mejor ocasión el estudio que me prometía presentaros, quizá más propio de una Academia que del acto de homenaje, de veneración, de apoteosis, ofrecido por la más antigua de las sociedades científicas de este país a la memoria de uno de aquellos heroicos descubridores españoles que en los comienzos del siglo xvi conquistaron para su nombre el pasmo de las generaciones futuras.

Llego, pues, como los coéforos de la luminosa Hélade, a depositar mi ofrenda de flores en los altares de los Manes de la raza, piadoso y reverente, porque es su fe, su valor, su confianza, su aspiración a lo grande, a lo glorioso — concordando tiempos y necesidades — lo que ha de engrandecer y eternizar el grupo humano a que pertenecemos. Os ruego que en ese sentido aceptéis bondadosamente mis palabras, ya que por respeto a vuestra fatiga tenga que ser tan parco en la exposición de ideas que, dada la fecundidad del asunto, asaltan necesariamente el cerebro en activa pugna por exteriorizarse.

II

Tocaba a su término el siglo xv. Daba España remate venturoso a su inmensa epopeya de ocho siglos y contemplaba con orgullo mal contenido ondear sobre los muros de Granada el morado pabellón de Castilla. La Patria estaba rehecha. Mejor dicho: la Patria se había constituido. Dos reyes gloriosos, Isabel y Fernando, al enlazar entre sí sus destinos, unían para siempre la gran familia española en una suprema finalidad. Pudimos, por aquellos tiempos, según dice Oliveira Martins, creernos dioses, porque como Dios, gozamos de la omnipotencia. Acaso, también, repitiendo la esmaltada frase de Castelar, tocamos entonces el divino placer de creadores, porque a semejanza del Gran Hacedor, sacamos un mundo de la nada. La ambición, la fuerza y la audacia se condensaban en nuestra atmósfera para afrontar las empresas más estupendas. Los negros y eternos días del mi-

lenario yacían envueltos y soterrados en sus raídos sudarios. A las bajas y tristes arcadas bizantinas que remedaban conciencias oprimidas, se sucedían las airosas catedrales góticas, lampadarios enhiestos, por cuya delicada crestería iba ascendiendo el himno de las almas, en acción de gracias al Altísimo, ante los amplios horizontes abiertos a la vida fecunda y completa como preparatorios de la inmortalidad. Se respetó la ciencia, se amó el arte, se santificó la belleza, moviéronse en campos ilimitados los más halagadores ideales humanos y el día del Renacimiento, preparado por tantos elementos de apoyo y de oposición, fué surgiendo esplendoroso de los senos del tiempo y del espacio. Pero lo que en otros países fué molicie, embriaguez, ansiedad de goce material y egoísta, fué en España voluntad, esfuerzo, ambición, conciencia de poder, estado inquieto por la estrechez del viejo solar, sentimiento íntimo de que el campo de los antiguos combates con la morisma, exigía expansiones acomodadas a la lozana naturaleza del ser que con tanta energía escalaba un nuevo aspecto de su existencia. El soldado no se había desceñido la armadura. Granada era una etapa. Los futuros combates se librarían en mundos desconocidos, después de señorear la política del Viejo Mundo.

En la época a que me estoy refiriendo invadía el Occidente de Europa una intensa fiebre de exploración. Investigaciones científicas, tradiciones más o menos aceptables, fábulas y consejos sobre tierras desconocidas y mundos peregrinos, constituían, más que una preocupación, una obsesión, dueña y señora de la conciencia general. Son tan numerosos los hechos, las crónicas, los nombres, desde los clásicos como Platón, Aristóteles, Séneca, hasta aquellos marinos vascongados emprendedores en la importante pesca del bacalao, antes del siglo xii, según las Ordenanzas Marítimas coetáneas, de San Sebastián y, por ende, probables descubridores de las costas de Terranova, que detenerme en enumerarlos sería abusar de vuestra benevolencia. Baste saber que en las aldeas y en las ciudades, en el litoral y en el interior, en la choza y en el palacio, entre el bracero y el

capitalista, entre el plebeyo y el noble, todos se dejaban dominar por el espíritu de aventura, todos participaban en el presentimiento de que nuevas tierras, nuevas riquezas, nuevos elementos de vida vendrían a mejorar la condición humana y a ofrecer ignotos derroteros a sus ansiedades de bienestar, de poder y de gloria. Arraigaba principalmente en la Península Ibérica tal pasión dominante y las quillas portuguesas que hendían los mares rumbo al Occidente y Sur de Africa; y el establecimiento de los españoles en las Afortunadas; y las otras islas recién descubiertas por el Atlántico hacia donde se mira declinar el sol; determinada la esferoicidad de la tierra; afirmado por Toscanelli el seguro contacto con los riquísimos pueblos de Oriente dirigiendo al Ocaso las proras de las naos; los relatos de Marco Polo y de Benjamín de Tudela en todas las memorias; el brillo del oro y el aroma de las especias en todas las imaginaciones, habían de producir forzosamente un estado de fermentación espiritual, de donde surgiese pujante y concreta la acción, creadora del órgano capaz de traer a la esfera de la realidad lo que la ciencia, las probabilidades, las intuiciones, y hasta los ensueños, mantenían aún en el nebuloso horizonte de los anhelos.

III

Y surgió Colón, y surgió el genio, y América fué, y el hombre pudo ufanarse de poner su planta en todos los puntos habitables del Globo, testigo de nuestras tareas, de nuestra labor incansable, de nuestra evolución siempre bienhechora, a pesar de aparentes detenciones, contratiempos y luchas, quizás necesarios, para que la fortaleza no se hunda en el abandono. Colón, ofreciendo por el mundo su prodigioso proyecto a la gloria y a la codicia de los poderosos; Colón mendigando auxilios; Colón discutido y despreciado, aunque con bastante fe y bastante ciencia para no caer en desalientos; Colón al llegar a España en completa derrota, pudo convencerse pronto de que penetraba en el medio ambiente propio a la vida y robustez de su empresa. Toda-

vía allí habría que luchar, pero se vencería. Generales, políticos, frailes, formaban atmósfera tal que el alma del futuro Almirante salía del diario combate más templada para proseguirlo. En la fragua española se forjó, pues, el héroe. Aquel crisol alimentaba entonces en ebullición constante metal tan bien preparado que, al vaciarlo en el molde surgía perfecta la figura épica que se buscaba. Por eso Colón encontró en reyes, en magnates, en artesanos, en marinos, en frailes, asociados a su pensamiento, compañeros, protectores, cooperadores, admiradores, y hasta fanáticos de sus aventurados propósitos. La gloria del descubridor y la del pueblo que lo comprendiera y lo empujara, resultan, por lo tanto, inseparables.

IV

¿Quién no conoce la historia del descubrimiento tan nutrida de episodios interesantes, tan impregnada de heroísmos, tan saturada de prodigios? Al descubrimiento magno, siguieron en sucesión no interrumpida las exploraciones que lo completaban, y los nombres de Solís, de Córdova, de Grijalva, de los mil capitanes y pilotos que tomaban con firme mano el velo del misterio para alzarlo sin temor a lo que detrás pudiera encontrarse, tuvo ancho margen en que ejercitar su osadía. Sin embargo, el Oriente ansiado, el Oriente del oro, de las especias, de la fábula, de los sueños, no se había tocado. Desde el Bóreas al Austro, gigantesca muralla burlaba todas las ambiciones y detenía todos los empeños. Behaim se había equivocado; Toscanelli se había equivocado; Colón se había equivocado. La tierra aparecía dividida por colosal barrera que comunicaba entre sí mares y continentes. Navegando rumbo a Occidente, no se arribaría jamás al Oriente ansiado. Pero el obstáculo no era sino un incentivo para aquellos titanes. Monarcas y vasallos, ignorantes y peritos, capitanes y soldados, rivalizaban en anhelos y en actos por encontrar el Estrecho, llamado a coronar el grandioso pro-

pósito de la genial expedición planeada en la Rábida y organizada en Palos. Y en todo caso, detrás del gigantesco espinazo, ¿qué existía? Tocó al varón insigne, cuya gloria celebramos esta noche, despejar ante el mundo asombrado, la incógnita. Surgió inmenso el mar Pacífico avivando el ardiente deseo de hallar, a través de la ciclópea muralla terrestre, una grieta, una hendedura por donde pudieran pasar sus carabelas, si no los incomparables nautas de las expediciones primeras, algunos, no menos gloriosos, que inmediatamente les sucedieron y les heredaron en valor y en audacia. Magallanes y Elcano alcanzan esta fortuna, realizan tal hazaña, ciñendo a la Corona de Castilla el esplendente cintillo que no permitía al sol reclinarse en su Ocaso.

V

En vuelo desconcertado, me veo constreñido a trazar líneas que por su amplitud desdibujan los detalles y contornos que podrían prestarles algún interés en manos menos torpes que las mías. Cierto que el proceso del Descubrimiento y de la Conquista de América, abierto por cualquiera foja, despierta punzante curiosidad, ya nos detengamos con benedictina paciencia en el rico laboratorio del análisis, ya teniendo en cuenta exigencias de tiempo y de oportunidad nos envolvamos, como yo lo estoy haciendo ahora, en el torbellino de la síntesis.

VI

La Historia ha guardado sus preferencias para el examen del Descubrimiento y de la Conquista. En la adaptación de los nuevos países al tipo civilizado, ha puesto atención más descuidada. Y, sin embargo, las aventuras y las guerras no fueron las formas culminantes con que el Nuevo Mundo pudo incorporarse rápidamente al movimiento cultural humano. Con los navegantes y los soldados se mezclaban hombres de ciencia, de administración, de fe religiosa, juristas y teólogos, apóstoles sublimes de caridad

fecunda y verdaderos monstruos de tiranía insoportable. Era un trozo de humanidad con todas sus luces y todas sus manchas, pero fuerte y apto para iniciar desde aquellos comienzos el movimiento que al correr de los siglos dejaría en el espacio la actual constelación de pueblos independientes, inquietos y anhelosos por hallar su puesto entre los más adelantados y los más felices.

VII

Vinieron en pos de Colón, a manera de guías y maestros, españoles idóneos en las más delicadas disciplinas sociales: geógrafos y astrónomos; naturalistas y agricultores; artesanos e industriales; humanistas y matemáticos, cuanto servía en la Metrópoli al progreso, y acaso de lo mejor con que la Metrópoli contaba. Difícil se hace escoger los nombres de los contemporáneos que representando los esfuerzos científicos y pagando tributo a la absorbente preocupación de descubrir tierras, dieron soberano impulso al arte de navegar. Juan de la Cosa, Santa Cruz, Morales, San Martín, Torreño, Esquivel, Chávez y los incontables que enriquecían con sus ilustradas observaciones el caudal de las ciencias astronómicas relacionadas con aquel arte, merecen ser considerados como beneméritos del progreso. Las cartas esféricas, el modo de determinar las longitudes, el magnetismo terrestre, las corrientes del Atlántico y hasta el premio de seis mil ducados de oro ofrecido por el Gobierno, al mejor estudio sobre alguno de estos puntos, ¿no viene a probar cuán grande era el contingente de cultura que los españoles asociaban al propósito de la Conquista en el seno de sus naves y en la luminosa actividad de sus cerebros? Claro es que no puedo olvidar a los frailes. Estos instruyeron, doctrinaron, evangelizaron, moderaron las durezas de la Conquista, consolaron al vencido, enjugaron sus lágrimas; fueron, en fin, los verdaderos representantes de aquella gran Isabel, cuyas obras dejaron perpetua huella en los Anales de la caridad. Excusadme de citas: el catálogo se haría interminable. Desde que se anexó a la Corona de Castilla

el primer pedazo de la tierra indiana, aquellos venerables Monarcas, sus Ministros y sus Consejos pensaron, más que en otras cosas, en la mejor manera de hacer felices a los nuevos vasallos. ¿Y en los provechos? También: que los provechos en este caso y en muchos casos de la vida, son los medios indispensables para que hombres y pueblos puedan cumplir misiones elevadas, impulsados por los más nobles sentimientos altruistas.

VIII

Si intitúlase a la época aquella, la época de los prodigios, quizá no pecaría de exagerado. Fué prodigio el Descubrimiento, fué prodigio la Conquista; pero menos deslumbrante, menos ruidoso, más extraño a la preocupación universal, se desarrollaba paralelamente a estos sucesos, un prodigio mayor: cincuenta años después de poner Colón la planta en la Española, todo el Continente Americano, desde el estrecho Magallánico hasta el río Colorado, gozaba de una administración política, jurídica, municipal, tan completa como la de cualquier otro país de los que entonces se reputaban mejor organizados. Esto en cuanto atañe a la vida política, que bien poco habría valido si no la siguiera un progreso económico, capaz de mejorar por modo extraordinario la supuesta existencia paradisiaca de masas de hombres que vagaban desnudos en los bosques, alimentándose penosamente de frutas y raíces. En los climas benignos del Trópico, tal vez la vida fuese posible bajo semejantes condiciones; pero en las altas mesetas o en las regiones apartadas del Ecuador, se explica la miserable condición de los aborígenes faltos de los más elementales medios de sustento y quizá entregados a la práctica de una repugnante antropofagia, más por necesidad que por aviesa inclinación. Para la civilización, es decir para los altos fines humanos, el Descubrimiento y la Conquista habrían fracasado, a no preceder a la organización social en sus múltiples aspectos, un estado económico verdaderamente redentor, como que se encaminaba a conservar y robustecer todo cuanto el

reciente gigantesco esfuerzo había puesto en el torrente de la nueva existencia. Muy útil la autoridad que aplica el derecho y desempeña la policía; muy útil el apóstol que propaga la fe y la moral; muy útil el maestro que enseña las letras, y las ciencias y las artes y el trabajo y todos cuantos caminos conducen y facilitan el buen funcionamiento de la vida; pero ni un solo paso avanzaríamos hacia la conquista del bienestar, si el elemento económico no sirviese de base a las otras manifestaciones de nuestro ser. Por eso sorprende tan justamente, el maravilloso instinto con que España procediera a dotar sin demora, al continente nuevo, de cuantos medios exigiese su mejor desenvolvimiento.

La exuberancia abrumante de la flora, y la salvaje y fiera de la fauna, en las regiones acabadas de incorporar a la corona castellana, lejos de facilitar el proceso regular de una existencia acomodada a las necesidades más elementales, lo entorpecían y dificultaban, poniendo el sobresalto en donde debiera reinar la tranquilidad, y el agotamiento en donde mejores medios, más sanos recursos lo hubiesen evitado.

Cierto que de América fueron a Europa cereales tan importantes como el maíz, tubérculos tan generalizados en la alimentación universal como la patata, frutos tan delicados como el cacao, tan útiles como la quina, tan necesarios como otras muchas mercaderías, sin cuya presencia en los mercados, nos parecería verlos incompletos.

Pero ¿qué significa esto en cambio de lo aportado, desde el primer instante del Descubrimiento, a las costas de América, por todas y cada una de las naves españolas? Es conmovedor el cuidado, el cariño con que Rey, tan ensimismado en los expedientes políticos, como Fernando V, recomendara a veces en instrucciones de su puño y letra, a la Casa de Contratación de Sevilla, que por ningún motivo se olvidase el envío al Nuevo Continente de toda clase de animales domésticos, plantas, semillas, frutas y hasta flores, en cuanto buque despachara con destino a las Colonias que se iban formando. Trigo, cebada, caña, arroz, cen-

teno, garbanzos, olivos, almendros, castañas, nogales, naranjos, perales, ciruelos, membrillos, seda, lino, cáñamo, lo que unido en aplicaciones crecientes al nuevo estado social, había necesariamente de producir una transformación rápida y satisfactoria.

El caballo, el mulo, el asno evitaron, en parte al menos, la degradación del pobre indígena convertido en bestia de carga, espectáculo que aun suele ofrecérsenos, no obstante la atmósfera de cultura que pretendemos respirar.

El buey para tiro y laboreo agrario; la ternera, la oveja, la cabra, para carnes, para lana, para leche, para queso, para constituir nuestra principal alimentación; para ofrecer al hogar una seguridad racional de que el hambre no asomaría a sus puertas la faz descarnada. Y luego los instrumentos que aligeran y multiplican el trabajo; los aparatos físicos, las substancias químicas, los productos industriales, ¿cómo no habían de ejercer una influencia predominante en la rápida incorporación del organismo aquí encontrado, al organismo superior, representado y formado ya conforme al ideal del Conquistador? Y este triunfo tan grande como silencioso, lo obtenía un pueblo de siete a ocho millones de habitantes, tildado de inepto, de apático, capaz únicamente de ceñir los arreos de pelea y de dar tregua temporalmente a la lanza en los campos de batalla, para acariciar contrito el rosario bajo las bóvedas del templo. ¿Se registra en la Historia algún hecho semejante? ¿Puede pensarse, sin pasmo, en la suma de observación, de inteligencia, de energía que tan feliz resultado supone? Pues los infinitos deturpadores de España, ayudados por el celo irreflexivo de un obispo español, poco escrupuloso con la verdad y no muy entendido en cuanto a justicia distributiva, ni en trescientos años han tenido tiempo para reconocer ese mérito al pueblo que sin alardes ha sabido sumarlo al número de sus timbres más preclaros. Y ya es tiempo de consagrar algunas palabras a Vasco Núñez de Balboa, cuya gloriosa memoria nos congrega hoy, para dejar caer sobre su ignorada tumba, las flores ideales de nuestra más pura devoción y para

convertir en leño santo el poste ignominioso en que la envidia ruin y el odio insano de un miserable, revestido de autoridad, le hiciera perecer.

IX

Aunque no sorprendente, resulta curioso que las tres más grandes figuras de la Conquista, hayan venido de la región extremeña: Cortés, Pizarro y Balboa. Tuvo Balboa con el primero muchos puntos de semejanza. Compañero y jefe en más de una ocasión del segundo, no se sabe que ningún lazo estrecho de amistad les uniera. Al contrario, en la prisión y muerte de Balboa en Acla, desempeña Pizarro un papel bien poco airoso. De la colosal figura del conquistador istmeño, nos ha dado el insigne Quintana una semblanza digna de Plutarco. Joven, educado, inteligente, fortísimo, de origen hidalgo, valeroso hasta la temeridad, ducho en el manejo de las armas, ambicioso como Cortés y como Cortés político y prudente; leal a su soberano, pero rebelde a la obediencia de jefes que ponían trabas a sus proyectos elevados; rico en recursos estratégicos y en prestancias personales; solícito y cariñoso con sus camaradas, a los cuales atendía y curaba como si de su propia familia fueran; llegó a obtener entre los pobladores del Darién un ascendiente que lo colocaba en la categoría de jefe indiscutible. No estuvo su vida exenta de lunares ni de pecados. La huida poco honrosa de La Española, las intrigas contra Enciso y, sobre todo, el embarque forzado de Nicuesa, en condiciones que auguraban el fin trágico a que le expuso, no son páginas que merezcan aplauso de ningún espíritu justiciero. ¡Pero con qué nobleza de alma supo redimirse! ¡Con cuánta tenacidad, con cuán singular esfuerzo persiguió su ideal descubridor, en bien y honra de su patria, en bien de la humanidad! ¡Qué empeño, tan sostenido en adquirir riquezas y qué desinterés tan equitativo en distribuir las! En circunstancias parecidas, ¿hubiera habido muchos hombres capaces de mejorar su conducta? Los régulos de la vasta región, fueron pronto convertidos

de enemigos en colaboradores. Careta, Ponce, Comogre, Chiapes, Tunalco, Pocorosa y otros muchos ofrecen a Balboa los medios que demandaba la coronación de sus ambiciones. Un hijo de Comogre afirma con absoluta seguridad la existencia inmediata del mar Pacífico del otro lado de las montañas. Y así llegó el 25 de Septiembre de 1513. Los indios que sirvieron de guías en la penosísima expedición emprendida en requerimiento del ansiado mar, muestran la altura desde donde se descubría. Balboa mandó hacer alto al escuadrón. Quiso escalar solo la montaña. Ya en ella,— dice Quintana — “lleva ansioso la vista al Mediodía, el “mar austral se presenta a sus ojos y sobrecogido de gozo y “maravilla, cae de rodillas en la tierra, tiende los brazos al mar “y arrasados de lágrimas los ojos, da gracias al cielo por haberle destinado a aquel insigne descubrimiento.” Pedro Mártir comenta el suceso diciendo: “Aníbal en la cima de los Alpes, “enseñando a sus soldados los deliciosos campos de Italia, no “pareció más arrogante que el caudillo español.” El más extenso mar de nuestro Globo quedó descubierto; la comunicación con el Atlántico, aunque corta, difícil, establecida, y nuevos, inmensos horizontes abiertos al ingenio, al valor y a la audacia para traer a las generaciones futuras el conocimiento de la tierra que nos tocó en suerte habitar. Sobre la eminencia donde Balboa mandara colocar tosca cruz de madera en acción de gracias al Altísimo, se levantará pronto la estatua colosal de bronce, llamada a perpetuar la gloria del gran descubridor. No por tardío el homenaje resulta menos plausible.

X

Conocida la comunicación terrestre entre los dos Océanos, se despertó con mayor energía el anhelo de encontrar el paso marino que los pusiera en contacto. Intentos y fracasos se sucedieron sin interrupción. El Gobierno Español no se arredró por ello, ni quiso ahorrar esfuerzos, ni economizar gastos. Los nombres de Juan Díaz de Solís, Vicente Yáñez Pinzón, Gil González

Dávila y otros, vienen instintivamente a la memoria. Tampoco faltaron desde entonces propósitos y proyectos, para abrir canales de comunicación entre el puerto de Caballos en la mar del Norte y la bahía de Fonseca en la del Sur; entre Nombre de Dios y Panamá; entre Urabá y San Miguel; entre Coatzacoalcos y Tehuantepec. Hasta el prudente Felipe II encomendó un estudio sobre el caso al ingeniero Bautista Antonelli, quien enumeró los obstáculos insuperables que la ejecución de tal empresa revestía y el pensamiento de tajar alguno de los Istmos, quedó por lo pronto suspendido. No así el paso natural. Las exploraciones siguieron con mayor tenacidad, pereciendo en la demanda piloto tan ilustre como Juan Díaz Solís. Por fin el 20 de Septiembre de 1519, bajo los auspicios del Gobierno, partió de San Lucar de Barrameda la expedición capitaneada por el insigne Fernando Magallanes y después de graves tropiezos y sangrientas peripecias, tuvo la fortuna de descubrir y atravesar el Estrecho que lleva hoy su glorioso nombre y arribar a la región de la Especiería navegando siempre rumbo a Occidente. El sueño de Colón quedaba realizado, si bien en condiciones poco prácticas para el comercio universal. Esto no restó un átomo a la sorpresa, a la admiración que el viaje de Magallanes causara, terminado felizmente por su compañero de glorias y fatigas, Juan Sebastián Elcano. Por primera vez, una nave española, la nave Victoria, había dado la vuelta al mundo. *Primus me circumdedisti*, pudo escribir Elcano en su escudo. Ante tal suceso, un colector de viajes tan apreciado como Juan Bautista Ramusio, exclama radiante de entusiasmo: “El viaje hecho por los españoles en el “espacio de tres años alrededor del mundo, es una de las cosas “más grandes y maravillosas que se han ejecutado en nuestro tiempo y aun de las empresas que sabemos de los antiguos, porque “esta excede en gran manera a todas las que hasta ahora conocemos.” Mas, eso no obstante, la situación del Estrecho de Magallanes al extremo austral del Nuevo Continente, motivó que la travesía por aquel pasaje se hiciera de tarde en tarde, o quedase punto menos que abandonada. Fué necesario que pi-

ratas ingleses, franceses y holandeses penetrasen por el peligroso portillo, a ejercer su profesión, para que se tomasen medidas encaminadas a destruir y castigar tan infame tráfico.

XI

No voy a detenerme en la expedición de García de Loaisa, salida de La Coruña el 24 de Julio de 1525. Los contratiempos de esa expedición vinieron a confirmar las escasas ventajas que el paso por Magallanes ofrecía al comercio con el Oriente, solicitado con tanta avaricia aun antes de que el Pacífico fuera descubierto. Pensóse entonces, con buen acuerdo, que para evitar los enormes rodeos que suponía la navegación hasta doblar los extremos meridionales de Africa o del Nuevo Mundo, convenía procurarse un derrotero más en consonancia con las necesidades que el tráfico respecto del Asia imponía. Fijóse la atención en Nueva España como base natural para organizar las expediciones apropiadas al objeto. Cortés abarcó rápidamente la idea y no vaciló en armar buques exploradores que se encargasen de la investigación detenida de nuevos lugares de posible comunicación entre el Atlántico y el Pacífico. En 1522 empezó su obra aunque sin resultado. El mismo embarcó y visitó en California el Golfo que lleva su nombre. En 1526 recibió orden de Carlos V, para mandar a las Molucas las naves que tenía en Zacatula, en requerimiento de las escuadras de Magallanes, Loaisa y Caboto, por cuya suerte se abrigaban temores. Puestas tres carabelas bajo el mando de Alvaro de Saavedra Cerón, llegaron a su destino, pero no pudieron regresar a la Colonia. De Acapulco salió con dos buques en 1532 Diego Hurtado de Mendoza y dirigiéndose hacia Occidente, llegó hasta Culiacán. Fortun Jiménez con una sola nave viajó hacia el Norte y reconoció la Península y el Golfo de California en 1533. En 1537 salió Hernando de Grijalva con dos naves y buena cantidad de gente a socorrer al Perú. En 1539 salieron de Acapulco tres buques bajo la dirección de

Francisco de Ulloa. Reconocieron California al Este y al Sur y entra en escena el insigne virrey D. Antonio de Mendoza. Hernando de Alarcón, Domingo del Castillo, Juan Rodríguez Cabrillo, Bartolomé Ferrelo, llevaron las expediciones al Noroeste hasta el grado 43. Pero todo esto se hacía, por decirlo así, en los ensanches de la Nueva España, que tan importante papel jugaba en cuanto atañía a navegaciones hacia el Noroeste y hacia el Asia. Los nombres de Cortés, de Mendoza, de Velasco, representantes de la autoridad española, surgen espontáneamente para darnos idea de la protección inagotable de aquella autoridad, a toda suerte de descubrimientos. Casi parece ocioso decir que los esfuerzos correspondían a la magna preocupación de encontrar al Noroeste el paso de conexión entre los dos grandes océanos que tantos obstáculos y peligros ofrecía por el extremo Sur. El mismo Consejo de Indias instaba a Carlos V para que ordenase a Cortés en Nueva España, a Alvarado en Guatemala y a Pedrarias en Nicaragua, que organizaran expediciones descubridoras, en solicitud de nuevos estrechos por donde la comunicación pudiera facilitarse. La leyenda y la imaginación venían en apoyo de tales anhelos, manteniendo viva la llama de topar en el espacio con aquello que el espíritu miraba como indiscutible. El apócrifo viaje de Maldonado suponiendo haber salido de Lisboa, tocar la costa de Labrador y entrar por un estrecho a la mar del Sur, no pasó nunca de una pobre invención. Y la expedición atribuida a Juan de Fuca, bajo los auspicios del virrey de Nueva España, que pretendía haber hallado el ansiado estrecho entre los 47° y 48° de latitud, por el cual había cruzado a la mar del Norte, investigaciones posteriores la volvieron a su completa falsedad. No por eso penetró el desaliento en los ánimos. Por tierra y por mar se continuaron las expediciones a California Baja y Alta, sin desistirse de los tradicionales propósitos. El virrey D. Antonio de Mendoza y el Capitán General D. Hernando Cortés se disputaron en alguna ocasión la gloria de avanzar los descubrimientos al Noroeste de Nueva España. Todavía en 1592, bajo la errónea creencia de que las costas de California se pro-

longaban hasta la China o que remataban en el estrecho de Anian, por donde debía encontrarse el paso apetecido, emprendió Gali un viaje, — ordenado por el quinto virrey de México — de Acapulco a Filipinas, de aquí a Macao y de Macao otra vez a Acapulco, habiendo recorrido las costas de California desde los $57\frac{1}{2}^{\circ}$ de latitud hasta el cabo de San Lucas, sin hallar lo que buscaba ni resolver la duda acerca del término de aquel litoral. Por esta época parece que entra en juego un nuevo factor, estimulante de las expediciones a California. Había en primer término necesidad de ofrecer resguardo a la nao de China que forzosamente en su derrotero reconocía aquellas costas, y urgía impedir que extranjeros peligrosos se estableciesen en la tierra, ya que por mar se habían resentido los graves daños de sus recientes piraterías. Penetrando por Magallanes en 1578, el célebre bandido de la mar Francisco Drake, recorrió entre otros litorales el de Nueva España y después de permanecer en California cierto tiempo, regresó a Europa por el Cabo de Buena Esperanza, sin duda para gozar del fruto de sus incontables rapiñas. Inspirado en tan tentador ejemplo, otro héroe inglés, Tomás Cavendish, emprendió en 1586 viaje igual, saqueando e incendiando las costas de Chile y el Perú y apoderándose cerca del Cabo de San Lucas, en Baja California, del Galeón Santa Ana que venía de Filipinas ricamente cargado. Tales sucesos, era natural que avivasen el empeño del Gobierno Español de poner el pie firme en aquel lejano territorio, con tanta más razón cuanto que el comercio de las Colonias americanas con Asia empezaba a alcanzar bastante importancia.

Desde 1596 el virrey D. Luis de Velasco ordenó que saliese de Manila la nao San Agustín, para reconocer el puerto de San Francisco. Se supo que la nave llegó a su destino, pero no quedaron noticias de su paradero final.

En 1596 salió de Acapulco Sebastián Vizcaíno con tres naves a reconocer y poblar California, pero después de penosas vicisitudes, la expedición fracasó. Los viajes marítimos por las costas de Nueva España al Norte, durante el siglo xvi, dieron fin

con esto, trayendo el beneficio de conocer un muy extenso litoral, ignorado hasta entonces.

El siglo xvii no dió muestras de menor actividad en los descubrimientos de California y en el empeño de poblarla. Bajo el mando del mismo Sebastián Vizcaíno se organizó en 1602 una expedición que visitó los puertos de San Francisco, San Diego y Monterrey: este viaje fué de escaso fruto. Después se presentan otros navegantes que más que en descubrimientos científicos se ocuparon en el rescataimiento de perlas que tanto abundan en aquella región. Los nombres de Iturbi, Ortega, Carbonelli, Cestin de Cañas, González Barriga, Casanate, Piñadero, Lucenilla, Otondo, Itamarra, no resultaron dignos de mención.

Corresponde al siglo xviii un movimiento mejor dirigido en el sentido indicado. Los tenientes de navío D. Ignacio Arteaga y D. Juan de la Bodega y Cuadra, se encargaron de nuevas exploraciones, navegando hasta los 61° de altura y reconociendo ensenadas, islas, canales, costas y puertos y tomando posesión de aquellos lugares apropiados al futuro dominio del territorio. Ya entonces, — 1779 — se sabía que al Norte de California existían ciertos establecimientos rusos de reciente formación. D. Esteban José Martínez y D. Gonzalo Gabriel López de Haro fueron los encargados de cerciorarse y de informar sobre tal suceso. En efecto, los rusos mantenían desde veinte años atrás algunos establecimientos sobre el territorio de Onalaska, con 500 habitantes. Más tarde, en 1789, el virrey Conde de Revillagigedo ordenó el alistamiento de nueva expedición que reocupase y colonizase la bahía de Nutka, codiciada por rusos e ingleses. Don Francisco Eliza, D. Salvador Fidalgo y D. Manuel Quimper cumplieron a satisfacción tal deseo, en perfecta inteligencia con los rusos.

El viaje de Malaspina alrededor del mundo, emprendido desde Cádiz en 1789 y poco menos conocido que los de Cook, Laperouse y Vancouver, no exige de mi parte examen minucioso. Basta con citarlo. Al nombre de Malaspina deben agregarse los de Valdés, Galiano, Espinosa, Maurelle, Cevallos y otros pilotos y

oficiales cuyos estudios y trabajos constituyeron valiosos elementos de éxito en aquella célebre expedición. Los de D. Jorge Juan y D. Antonio de Ulloa, ocupan un primer lugar en los anales de la ciencia, al lado de Condamine.

En 1793 los viajes de altura al Noreste y las exploraciones consiguientes, parecían agotados. El previsor virrey Revillagigedo debió estimarlo así cuando determinó suspenderlos y dedicarse a consolidar y organizar lo conquistado por mar y tierra.

Es cierto que hacia fines del siglo xvii tanto en California como en Nuevo México, se había logrado la rudimentaria colonización de las Misiones. Los padres Kino, Salvatierra y otros evangelizadores de igual fe y poderosa energía, alumbraron aquellos amplios desiertos con la luz de la civilización, mientras los elementos civiles y militares iniciaban el reconocimiento de costas, ensenadas y puertos al tráfico universal.

La fábula se había desvanecido. Las *Siete Ciudades* prometidas por Fray Marcos de Niza, quedaron reducidas a la inconsistencia de un sueño. La poderosa *Ciudad de Quivira* se evaporó al impulso irresistible de la realidad. El *Estrecho* por tantas leyendas descrito, que comunicara el Pacífico con los mares Boreales, siguió manteniéndose en el espacio vacío de la fantasía. Permítaseme, sin embargo, pensar hoy, con honda satisfacción, que las imaginaciones desbordadas de los siglos xvi, xvii y xviii en sus más ambiciosos vuelos, no alcanzaron a presagiar la pasmosa grandeza con que ahora puede ostentarse ante el mundo, la inmensa y salvaje California de los modestos pilotos y de los humildes frailes españoles.

Retrocedamos al siglo xvi. Quizá los empeños de buscar el Paso deseado por el extremo Norte, descuidó un poco la comunicación entre Nueva España y el Asia. Aun más que esto, los fracasos de todo intento de regreso, contrariados los buques por los vientos y detenidos por las corrientes, constituían barrera insuperable al desenvolvimiento y utilidad del Cambio entre el Asia y América. Hasta 1542 no se reanudó seriamente esta interesante travesía. Fué el ilustre virrey D. Antonio de Mendoza

quien en 1542 puso una flota bajo el mando de Ruy López de Villalobos, la cual, partiendo del puerto de Navidad, enderezó su rumbo al Poniente en solicitud de las islas por Magallanes y compañeros descubiertas. Logró el objeto de ida, pero las veces que intentara la vuelta se vió forzado a retroceder. Diez y siete años más tarde Felipe II ordenó al virrey D. Luis de Velasco, que bajo las órdenes de fray Andrés de Urdaneta equipase una flota destinada a las Molucas. Urdaneta no aceptó el gobierno de la expedición, sino que se puso al servicio de la misma, zarpando del puerto de Navidad el 21 de Noviembre de 1564 al mando del adelantado Miguel López de Legazpi. Era el buen fraile un verdadero *lobo de mar*. Navegó muchos años en el Sur y acompañó a Loaisa a las Molucas en 1525. Unido a Saavedra en 1527, quiso volver a Nueva España un año más tarde, sin lograr en aquella coyuntura su ansiado objeto. Dió la vuelta al mundo en 1536, retornando a España por el Cabo de Buena Esperanza. Volvió a México en 1542, tomó aquí el hábito de San Agustín y ya anciano, emprendió con Legazpi el viaje que había de dejar trazado para siempre el derrotero de ida y vuelta a las islas de la Oceanía. El 1.º de Julio de 1565 en buque puesto a su disposición en Zebú por Legazpi, mandado por Felipe de Salcedo, emprendió Urdaneta el retorno a la Nueva España y arribó a Acapulco el 3 de Octubre del mismo año. De esta manera, por la inteligencia y el esfuerzo del Padre Urdaneta y por haber sabido determinar en las Cartas respectivas la dirección de los vientos propicios, que Juan Fernández hubiera antes indicado, para la navegación del Pacífico, quedó abierto, primero para España y después para la humanidad, un camino que mientras la aplicación del vapor no se descubriera, habría forzosamente de utilizarse por cuantos quisieran fomentar el cambio entre la América del Pacífico y el Asia del extremo Oriente. A tan importante conquista va unido con gloria imperecedera el nombre de Urdaneta.

XII

Intencionalmente me he detenido en el examen de los trabajos de navegación emprendidos desde la Nueva España durante trescientos años, porque fueron, sin duda, los que revistieron mayor importancia universal. Me refiero al Pacífico. No por eso quiero decir que en el otro gran virreinato español, situado hacia el extremo austral de América, la ociosidad hubiera encontrado acomodo. Bajo los auspicios del Perú, Ladrillero y Sarmiento levantaron los planos que por muchos años sirvieron para atravesar el Estrecho de Magallanes. Mendaña descubrió las Marquesas y las islas de Salomón. Quirós exploró las Nuevas Hébridas. Y el Dr. Corney habla de las expediciones organizadas en Lima a las islas de la Pascua y Tahiti, antes que las visitase el Capitán Cook. Pero como mi punto de vista es muy concreto, no quiero ponerlo fuera de sus límites.

XIII

Del relato que he venido haciendo se desprenden reflexiones que bien pudieran encaminarse a considerar cómo la moral y la justicia han sufrido a través de la historia, largos y penosos eclipses colectivos. Hoy mismo, al recorrer arrogantes y victoriosos muchos pueblos el camino de la grandeza, se olvidan de los heroicos peones que les abrieron la brecha. No podremos corregirlo, pero será bueno apuntarlo.

Mediante esfuerzos colosales, España descubrió, organizó, civilizó, gastó sus energías hasta acercarse al agotamiento, mientras otros pueblos atentos a sus particulares intereses, se encerraban en un egoísmo criminal muchas veces, perturbador de la armonía internacional siempre. El papel más repugnante que tales pueblos se adjudicaron, fué el de repartirse por turno, o simultáneamente, la tarea de calumniar, de vilipendiar a la nación que había cometido el grave pecado de regalar a la humanidad

un mundo. Y en tres largas centurias, sólo cuando algún hombre extraordinario como Humboldt, proyectaba sobre los anales la luminosa antorcha de su juicio, podía verse algo más que las manchas buscadas afanosamente por la estrechez y ruindad del criterio unilateral.

Si en este género de luchas y de rivalidades por las riquezas y por el dominio, pudiera sorprendernos algún fenómeno, de cierto que nos sorprendería la protección y los honores que Gobiernos aparentemente celosos de su moralidad, otorgaban a los bandidos de la mar, los más desalmados, quizá, de cuantos criminales alteraron el orden social desde el siglo XVI al XVIII inclusive. Ingleses, franceses y holandeses, no recataban apoyo y simpatías a sus respectivos piratas, dedicados en las costas americanas al saqueo, al incendio, al asesinato, a la violación; a dar suelta a todas las plagas, a todas las furias, a la embriaguez de todos los crímenes sobre pueblos inocentes. Inglaterra, la púdica y moralizadora Inglaterra, dió en este punto algunos ejemplos, que presumo borrarían de buen grado sus mejores hijos, de las páginas en que están consignados. De uno de ellos, acaso de los más elocuentes, daré aquí noticia, tomándolo de los estudios del insigne geógrafo mexicano D. Manuel Orozco y Berra. Dice así: "El 4 de Abril de 1581, la Reina Isabel comió a bordo con el almirante Drake, — el más famoso de todos los piratas — en Deptford; después de la comida le confirió solemnemente el título de Caballero, diciéndole que sus grandes acciones le honraban más que aquel título. El navío de Drake se conservó por mucho tiempo, a semejanza del de Sebastián Elcano en Sevilla y cuando se destruyó, se mandó construir de sus reliquias un sitio que todavía existe en Oxford y se enseña como objeto de curiosidad. En 1588 llegó Drake a las altas funciones de gran almirante de Inglaterra."

Los comentarios salen holgando. España calumniada, vilipendiada durante tantos siglos, trabajaba buena y noblemente por extender la justicia y el bienestar en sus colonias, hasta donde lo permitían los tiempos y el espíritu de orden y progreso lo

iba exigiendo. Y mientras tanto, las hordas feroces de bandoleros que acabo de mencionar, procuraban apoderarse de las riquezas que honrada y pacíficamente los habitantes de nuestra América habían acumulado. Y ¡contraste sorprendente! los ladrones recibían de sus respectivos Gobiernos — representantes de la civilización — las más elevadas distinciones, en tanto que el pueblo expoliado, recogía las censuras más amargas de los mismos que le dañaban. ¡Ah! si alguna vez la historia llega a ser imparcial, con cuánta dureza tratará a quienes proclamando la justicia entre los suyos, la olvidan y escarnecen cuando se trata de los extraños.

XIV

Y termino. La era de los descubrimientos no ha concluído, no concluirá jamás. En el mismo orden geográfico todavía estamos corriendo en pos de la situación de los Polos. Apenas comenzamos a levantar una punta del velo que cubre el hondo misterio de la naturaleza. ¡El macrocosmos! ¡El microcosmos! Arriba y abajo y en todas partes lo ilimitado, lo insondable. ¿Y en el mundo espiritual? ¿Quién será capaz de encontrar límites a investigaciones que forzosamente han de anegarse en lo incommensurable del tiempo y del espacio? Pero ¡descubrir! Tal es y tal será la eterna misión humana. ¿Pertenece a la raza de los descubridores? Ciertamente. El caso es conocer qué nuevo campo nos tocará explorar. Puede encontrarse heroísmo entre los que ayer se lanzaron a lo ignoto en el pavoroso Océano, como en los que hoy afrontan el peligro de elevarse a las nubes, para ofrecer, quizá, al movimiento universal nuevos y más fáciles caminos. Y hay heroísmo conmovedor, sublime, en esa masa de hombres que, rodeados de todos los halagos de la fortuna, se entregan estoicamente a la muerte por salvar a la mujer y al niño, como aconteció en la catástrofe del "Titanic." ¿No es verdad que ante el descubrimiento de esta encantada isla de amor, se impone el

anhelo de seguir explorando en los mares ilimitados de la humanidad? La abnegación como conducta y el heroísmo como fuerza, parecen componer las dos hermosas carabelas en que debemos embarcarnos, para tocar algún día los mundos desconocidos de una más cumplida perfección.

TELESFORO GARCIA.

